

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL PROBLEMA DE LA SUPERVIVENCIA EN EL MÁS ALLÁ

Estudiadas ya las principales ideas de los *tlamatinime* sobre el origen, personalidad y albedrío del hombre, vamos a ocuparnos ahora de su pensamiento acerca de la supervivencia después de la muerte. En este punto, como en los anteriores, presentaremos sólo algunos de los textos nahuas más importantes, teniendo que dejar para ulteriores estudios monográficos una gran parte de la documentación existente. Sin embargo, el material náhuatl que vamos a ofrecer reflejará al menos los rasgos más sobresalientes de las dudas y meditaciones de los *tlamatinime* acerca del tema de la muerte y la inmortalidad.

Y conviene recordar, para apreciar mejor las especulaciones nahuas a este respecto, lo que se ha dicho ya acerca del restringido valor e importancia que se debe dar a la vida humana en *tlaltípac* (sobre la tierra). Se repite en numerosos poemas que:

sólo venimos a soñar, sólo venimos a dormir:
no es verdad, no es verdad
que venimos a vivir en la tierra.³³

Y siendo la realidad de esta vida como un sueño, hay que caer en la cuenta de que “ni es aquí donde se hacen las cosas”,³⁴ ni tampoco es en la tierra donde está *lo verdadero*. Por esto, a modo de un consejo, fruto de la sabiduría de quien ha meditado sobre la transitoriedad del hombre en la tierra, hallamos un poema en el que surge, como una reacción, la orientación del pensamiento náhuatl hacia el tema del más allá:

Por prestadas tengamos las cosas, oh amigos,
sólo de paso aquí en la tierra:

³³ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 17r; AP I, 6.

³⁴ *Ibid.*, f. 4v; AP I, 3.

mañana o pasado,
como lo desee tu corazón, Dador de la vida,
iremos, amigos, a su casa...³⁵

Tal era la honda persuasión náhuatl de un existir humano de paso en *tlaltícpac*. Frente a esto, no parecerá ya extraño que surja el tema de la muerte como una especie de despertar del ensueño presente para penetrar al fin en el mundo de “lo que nos sobrepasa, en la región de los muertos”.

Mas, como ante el misterio de “lo que está por encima de nosotros” no es fácil dar una respuesta que todos acepten, por eso, aquí, más que en otros campos, encontraremos una notable variedad de opiniones y doctrinas. Primero las varias creencias religiosas sobre los “sitios” a donde van los que mueren. Luego, las dudas y especulaciones filosóficas que, prescindiendo de la doctrina religiosa, se plantean problemas e inquietan por cuenta propia.

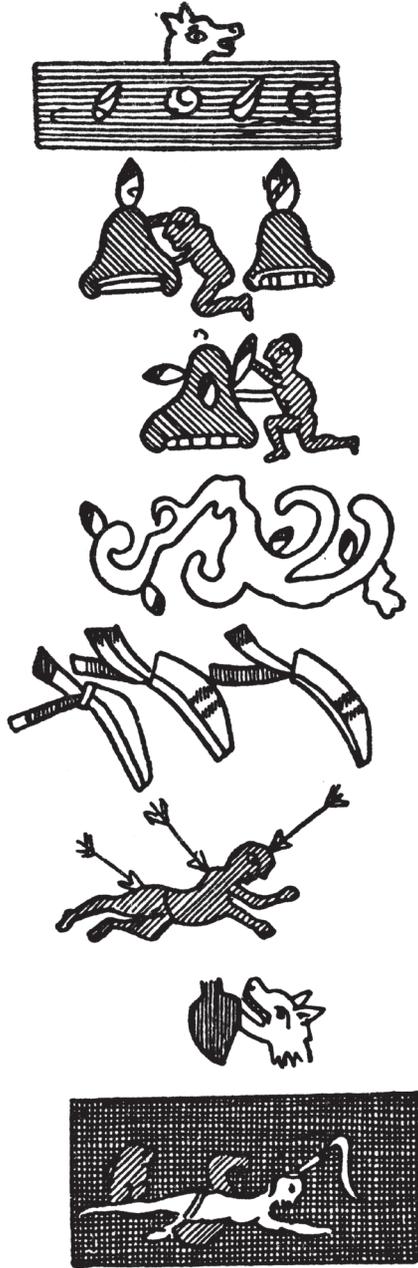
Respecto de las creencias religiosas acerca de los lugares a donde marchan los muertos, bastante se ha escrito desde los cronistas hasta la fecha. Para un estudio más pormenorizado, nos referimos especialmente a los tres primeros capítulos del apéndice al libro tercero de la *Historia* de Sahagún. A continuación, daremos sólo un breve resumen de esta doctrina religiosa, para ocuparnos luego de las especulaciones propiamente filosóficas de los *tlamatimime*. Esto nos mostrará los varios caminos ideados por la mente náhuatl para dar así con un destino verdadero, más allá del ensueño de *tlaltícpac*.

La primera de las moradas de los muertos que menciona Sahagún es el *Mictlan* (lugar de los muertos), que existía en nueve planos extendidos bajo tierra, así como también hacia el rumbo del norte.³⁶ Este lugar era conocido igualmente por otros nombres que dejan entrever sus varios aspectos.³⁷ Allí iban todos los que morían de

³⁵ *Ibid.*, f. 62r; *AP I*, 46.

³⁶ No hay que sepamos ningún estudio completo acerca del *Mictlan*, sobre los datos proporcionados por los textos nahuas, cronistas y códices. Una investigación a fondo de todas esas fuentes establecerá puntos que a primera vista parecen oscuros, como el que aquí se menciona acerca de la localización de la región de los muertos.

³⁷ Garibay, en su *Historia de la literatura náhuatl* (t. I, p. 195-196), explica varios de estos nombres con los que era también designada la región de los muertos. Damos aquí solamente su enumeración y traducción: *Tocenchan*, *tocenpopolihuiyan*: “nuestra casa común, nuestra común región de perderse”; *Atlecalocan*: “sin salida



Los infiernos nahuas (Códice Vaticano A 3738, f. 2)

muerte natural sin distinción de personas. Como debían superar una larga serie de pruebas, se les daba en compañía un perrillo que era incinerado junto con el cadáver. Pasados cuatro años, suponían los nahuas que las pruebas habían concluido y con ellas la vida errante de los difuntos.

Así —dice Sahagún— en este lugar del infierno que se llama *Chiconamictlan* (noveno lugar de los muertos) se acababan y fenecían los difuntos.³⁸

Y fue precisamente esta idea, de la final desaparición de los muertos en el *Mictlan* al cabo de cuatro años, una de las principales razones que movieron a Chavero a sostener su interpretación materialista del pensamiento náhuatl.³⁹ Sólo que si hubiera atendido Chavero a los datos en forma integral, podría haber caído en la cuenta de que el solo hecho de afirmarse la supervivencia, aun cuando fuese por un tiempo menor de cuatro años, implicaba una fe en la existencia de algo más que el mero cuerpo material. Lo cual se comprueba asimismo recordando que uno de los nombres con que también se designaba al *Mictlan* expresa precisamente esta idea: *Ximoayan*, que significa “lugar donde están los descarnados”, o sea, donde existen los hombres libres ya de su cuerpo. Así, creemos que puede decirse que la concepción del *Mictlan* no sólo no milita en favor de la interpretación materialista de Chavero, sino que proporciona argumentos en sentido contrario. Por otra parte, en el punto en que nos hallamos de nuestro estudio tenemos elementos más que suficientes para valorizar por cuenta propia la fantasía materialista de Chavero.

ni calle”; *Huilohuayan*: “sitio a donde todos van”; *Quenamican*: “donde están los así llamados”; *Ximoan* (o *Ximoayan*): “donde están los despojados (los descarnados)”.

Véase igualmente el erudito comentario de Eduard Seler al *Tláloc ícuic* (canto de *Tláloc*), tercero de los incluidos en náhuatl en la *Historia* de Sahagún (al final del libro II), en “Die religiösen Gesänge der alten Mexikaner”, *Gesammelte Abhandlungen*, t. II, p. 928-993. En dicho comentario analiza Seler lingüísticamente varias de las designaciones del *Mictlan*: *Quenamica* (el lugar de algún modo: *der Ort des wie*), *Ximovaya*, etcétera.

³⁸ Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 316.

³⁹ Véase Alfredo Chavero, *Historia antigua y de la Conquista* (v. I de México a través de los siglos), p. 106.

El segundo lugar al que iban algunos de los muertos era el *Tlalocan* (lugar de *Tláloc*), descrito por Sahagún como “el paraíso terrenal”:

jamás faltan allí las mazorcas de maíz verdes, calabazas, ramitas de bledos, *axí* verde, tomates, frijoles verdes en vaina y flores, y allí viven unos dioses que se llaman *Tlaloques*, los cuales parecen a los ministros de los ídolos que traen los cabellos largos...⁴⁰

Y respecto de quiénes eran los que iban al *Tlalocan*, el mismo Sahagún y otros cronistas, así como numerosos textos nahuas, nos certifican que tocaba este feliz destino a los elegidos de *Tláloc*, que los sacaba de *tłaltícpac* con una muerte que claramente indicaba su intervención personal: los que morían ahogados, o fulminados por el rayo, los hidrónicos y gotosos. A estos escogidos por el dios de la lluvia no se les incineraba, sino que sus cuerpos recibían sepultura.

En relación con el destino de quienes iban al *Tlalocan*, encontramos en el ya citado *Tláloc ícuic* una estrofa que, como lo nota Seler, parece implicar un “ulterior desarrollo del alma del que murió por intervención de *Tláloc*”.⁴¹ Algo así como una velada doctrina acerca de otra posible existencia en la tierra, para quienes han ido al *Tlalocan*. El texto al que aquí nos referimos hablará por sí mismo:

En cuatro años, en el más allá hay resurgimiento,
ya no se fija la gente, ya perdió la cuenta,
en el lugar de los descarnados, en la casa de plumas de *Quetzal*,
hay transformación de lo que pertenece al que resucita a las gentes.⁴²

⁴⁰ Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 317-318. Respecto de la antigüedad de la creencia en el *Tlalocan*, conviene recordar que, como lo muestra el fresco de Tepantitla, en Teotihuacan, puede ésta remontarse hasta los tiempos de la cultura teotihuacana. Acertadamente dice Caso: “debieron concebir la vida futura los constructores de las grandes pirámides como lugar de descanso y abundancia, un lugar de eterna juventud y eterna primavera”. Alfonso Caso, “El Paraíso Terrenal en Teotihuacán”, *Cuadernos Americanos*, año I, v. VI, noviembre-diciembre de 1942, p. 133.

⁴¹ Eduard Seler, *op. cit.*, t. II, p. 993. El doctor Garibay coincide en esta misma interpretación de la que llama una “doctrina de la reencarnación” entre los nahuas al comentar el “Himno de *Tláloc*” en su libro *Veinte himnos sacros de los nahuas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, Seminario de Cultura Náhuatl, 1958, p. 61-62.

⁴² Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 276; AP I, 47.

Sin embargo, es necesario decir que esta oscura alusión a una especie de “metempsicosis náhuatl” es sólo una de las formas menos frecuentes de responder al misterio del más allá. Frente a esta doctrina poco estudiada, encontramos innumerables textos en los que expresamente se sostiene el carácter de experiencia única propio de la vida en *tlaltícpac*:

¿Acaso por segunda vez hemos de vivir?
Tu corazón lo sabe:
¡una sola vez hemos venido a vivir!⁴³

Tal era, nótese una vez más, la notable variedad de opiniones que acerca del problema de la supervivencia después de la muerte floreció en el mundo náhuatl.

El tercer lugar “adonde se iban las almas de los difuntos —dice Sahagún— es el cielo, donde vive el Sol”.⁴⁴ Y en seguida explica quiénes eran los que recibían este destino, reputado como un premio por la fe religiosa náhuatl:

Los que iban al cielo son los que mataban en las guerras, y los cautivos que habían muerto en poder de sus enemigos (sacrificados)...⁴⁵

Y equiparándolas a los guerreros que aprisionan un hombre en el combate, asignaban igual destino a las mujeres que morían de parto con un prisionero en su vientre:

Lo que acerca de esto dijeran los antiguos de las mujeres..., que del primer parto fallecían que se llamaban *mocihuaquetzque*, que también se cuentan con los que mueren en la guerra; todas ellas van a la casa del Sol y residen en la parte occidental del cielo...⁴⁶

Por esto el occidente, además de ser “la casa del Sol”, era también para los nahuas *Cihuatlampa*, “hacia el rumbo de las mujeres”. La región de la tarde, desde donde salían al encuentro del sol las

⁴³ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 12r; AP I, 48.

⁴⁴ Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 318.

⁴⁵ *Loc. cit.*

⁴⁶ *Ibid.*, p. 596.

que habían muerto de parto, las llamadas también “mujeres divinas” (*cihuateteo*). Los guerreros, en cambio, acompañaban al sol desde su salida hasta el cenit. Iban a su lado triunfantes, entonando cantares de guerra. Tan sólo

después de cuatro años... se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica y de color y andaban chupando todas las flores así en el cielo, como en este mundo...⁴⁷

Finalmente, después de habernos referido a los que van a la casa del sol y a *Tlalocan*, que eran para los nahuas los dos lugares de deleite y de triunfo más allá de esta vida, toca tratar brevemente de un último sitio no mencionado en el citado libro III de la *Historia* de Sahagún, pero sí representado entre otros en el *Códice Vaticano A 3738*, o sea, el llamado *Chichihuacuauhco*, voz compuesta de *Chichihua* (nodriza), *cuáhuítl* (árbol) y la desinencia de lugar *-co* que da al compuesto el significado de “en el árbol nodriza”.⁴⁸ Según el comentario del padre Ríos, que acompaña a la ilustración del código, iban a este lugar los niños que morían sin haber alcanzado el uso de la razón. Allí eran alimentados por ese árbol, de cuyas ramas goteaba leche. Semejante destino, asignado a los niños, debió evocar en los frailes la imagen cristiana del limbo.

Mas, si atendemos a un texto del *Códice florentino*, veremos que, de acuerdo con una antigua tradición religiosa, se localizaba también al *Chichihuacuauhco* en la casa de *Tonacatecuhtli* (Señor de nuestra carne), o sea uno de los rostros del principio supremo:

Se dice que los niñitos que mueren, como jades, turquesas, joyeles, no van a la espantosa y fría región de los muertos (al *Mictlan*). Van allá a la casa de *Tonacatecuhtli*; viven a la vera del “árbol de nuestra carne”. Chupan las flores de nuestro sustento: viven junto al árbol de nuestra carne, junto a él están chupando.⁴⁹

Ahora bien, como la casa de *Tonacatecuhtli* es *Tamoanchan*, “el lugar de nuestro origen”, parece, según esto, que se apunta aquí

⁴⁷ *Ibid.*, p. 319.

⁴⁸ *Códice Vaticano A 3738*, f. 3v.

⁴⁹ *Códice florentino*, lib. VI, f. 96r; AP I, 49.

también la idea señalada anteriormente de una especie de retorno de dichos niños, que se alimentaban en el *Chichihuacuauhco*, mientras descendían de nuevo a *tlaltícpac*. Sin embargo, conviene repetir que estos brotes ideológicos acerca de una posible re-encarnación no lograron prevalecer en el pensamiento religioso náhuatl que, orientado hacia “lo visible y palpable”, persistió aferrado a la idea de que esta vida es una experiencia única ya que “no he de sembrar otra vez mi carne en mi madre y en mi padre”.⁵⁰

Tales eran las ideas que constituían el núcleo de la fe religiosa de los nahuas en lo que se refiere a una vida más allá de la muerte. Y conviene notar que en su pensamiento religioso el destino final está determinado, no precisamente por la conducta moral desarrollada en la vida, sino por el género de muerte con el que se abandona este mundo. Así, los que mueren de rayo, ahogados, o de hidropesía, van al *Tlalocan*; los sacrificados, las que mueren de parto, los que perecen en el combate se convierten en compañeros del sol; los que mueren siendo niños van al *Chichihuacuauhco* y, por fin, los que acaban sus días de otro modo cualquiera llegan al *Mictlan*, que parece ser el menos codiciado de los destinos.

Esto que quizá suscite extrañeza ante nuestro modo usual de pensar, que influenciado por el cristianismo liga conducta moral y destino después de la muerte, debió ser en la mentalidad religiosa náhuatl el origen de una concepción ética por completo distinta, en la que la idea de un castigo en el más allá carecía por completo de influjo. Puede afirmarse en este sentido que la religión náhuatl no implicaba una doctrina de salvación, sino, más bien, la exigencia de una forma de vida que, de acuerdo con sus cánones éticos, tendría por resultado garantizar el beneplácito de los dioses con su consecuencia inmediata: la felicidad que puede lograrse sobre la tierra. Porque, acerca del destino después de la muerte, tocaba decidir a los dioses.

Pues bien, frente a esta concepción religiosa, cuyo sentido humano no nos toca discutir aquí, sabemos que comenzaron a surgir dudas e inquietudes en el ánimo de los *tlamatinime*. Porque, si en algún punto de la cosmovisión náhuatl es evidente la separación entre el hombre creyente y el pensamiento que duda e inquiere, es

⁵⁰ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 13v.

aquí, a propósito del tema de la supervivencia. Léase si no, el siguiente texto, como ejemplo de otros varios semejantes. Comienza por una afirmación resuelta de la muerte como algo inevitable:

Muy cierto es: de verdad nos vamos, de verdad nos vamos;
dejamos las flores y los cantos y la tierra.
¡Es verdad que nos vamos, es verdad que nos vamos!⁵¹

Y en seguida, ante el hecho desnudo de la muerte que no puede suprimirse, surge la duda, que prescinde por completo de toda fe religiosa:

¿A dónde vamos, ay, a dónde vamos?
¿Estamos allá muertos, o vivimos aún?
¿Otra vez viene allí el existir?
¿Otra vez el gozar del Dador de la vida?⁵²

En angustioso contraste aparecen, por una parte, la afirmación de la muerte por la que tendremos que dejar “las flores, los cantos y la tierra”, y por otra la incertidumbre acerca del destino final. Porque —en un plano estrictamente racional—, dicen los *tlamatinime*, ni sabemos a dónde vamos, ni si estamos allá muertos o vivimos aún, y, en caso de que esto último fuera verdad, ignoramos todavía si en ese más allá hay sufrimiento o goce del Dador de la vida.

Habiendo comprendido y sentido en esta forma la incógnita del destino humano fuera de la realidad cambiante de *tlaltícpac*, no será ya de extrañar que el tema de la muerte y el más allá aparezcan por todas partes en los textos nahuas que nos conservan el pensamiento de los *tlamatinime*. Y no es que los nahuas —como se ha dicho a veces— fueran un pueblo predominantemente pesimista. Ya hemos visto su idea de la persona humana, *rostro y corazón*, considerada como algo perfectible, en posesión de un albedrío que esforzada y libremente puede llevar a la superación de sí mismo. Y todavía encontraremos una mayor comprobación de este aspecto dinámico de afirmación y sentido creador del yo al estudiar sus ideales educativos, éticos y estéticos. Lo que pasa es que, precisamente por ese gran

⁵¹ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 61v; AP I, 50.

⁵² *Loc. cit.*

enamoramamiento náhuatl de lo que se palpa y se mira en *tłaltícpac*, en especial de sus *flores y cantos*, símbolo de “lo único verdadero”, surge ante ellos el fantasma de una total destrucción, predicha en el plano cosmológico como un trágico final del quinto sol y como la muerte inescapable en el orden más inmediato de la propia persona.

Pues bien, movido por el afán de encontrar una respuesta que mostrara el camino cierto para superar la destrucción, el pensamiento náhuatl, que en el plano religioso ideó resolver el problema conservando con sangre la vida del sol, en el orden filosófico de la persona buscó por la vía de *las flores y el canto* una solución de auténtico sentido humano.

Oigamos esta invitación de los *tlamatinime* a inquirir, formulada tal vez, como parecen indicarlo sus últimas líneas, en una reunión de sabios y poetas tenida en Huexotzinco:

Meditad, recordad la región del misterio:
allá Su Casa es; en verdad todos nos vamos
adonde están los descarnados, todos nosotros los hombres,
nuestros corazones irán a conocer su rostro.⁵³

Pero, luego, bruscamente se interrumpe la idea. Parece como si hubiera surgido la desconfianza sobre eso mismo que acaba de afirmarse. El *tlamatini* que habla interpela a quienes han seguido su pensamiento:

¿Qué meditáis, qué recordáis, amigos míos?
¡Ya nada meditéis!
A nuestro lado brotan las bellas flores:
sólo así da placer a los hombres el Dador de vida.
Todos, si meditamos, si recordamos,
nos entristecemos aquí.
Todos, oh príncipes, todos con dolor y angustia
queden adoctrinados.⁵⁴

La terrible convicción de que somos impotentes para develar el misterio es la que habla ahora por boca del filósofo náhuatl.

⁵³ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 14r; AP I, 51.

⁵⁴ *Loc. cit.*

Mirando las flores que “brotan a nuestro lado” y sintiendo hondamente, como en contraste siniestro, que no hay manera de atisbar el más allá, a modo de conclusión dirigida a reconciliar al hombre con su propia ignorancia, hay que confesar que “si meditamos, si recordamos, nos entristecemos aquí...”

Mas, a pesar de esto, y como aguijoneado por una especie de complacencia frente al misterio, surge en la mente del sabio una última invocación de la muerte, de la que tal vez se espera que nazca la *flor* y *canto* que haga posible comprender:

Meditadlo, oh príncipes de Huexotzinco:
iaunque fuera de jade, aunque fuera de oro,
también habrá de ir adonde están los descarnados,
también habrá de ir a la región del misterio:
todos pereceremos, no quedará ninguno!⁵⁵

Esta insistencia en meditar sobre el tema de la muerte no fue en manera alguna estéril. Uno de sus primeros frutos lo hallamos en otro poema citado ya anteriormente, pero que acabará de comprenderse en el actual contexto. Su importancia es grande porque constituye un certero planeamiento del problema. Valiéndose de ideas filosóficas que nos son ya conocidas, así como de algunos conceptos tomados del pensamiento religioso, se pregunta el sabio cuáles son las posibilidades que se presentan al hombre desde el punto de vista de su destino forzoso de “tener que irse”:

¿a dónde iré?,
¿a dónde iré?
El camino del dios de la dualidad.
¿Acaso es tu casa en el sitio
de los descarnados?,
¿en el interior del cielo?,
¿o solamente aquí en la tierra
es el sitio de los descarnados?⁵⁶

Analizando brevemente el poema, se verá que su planteo de la cuestión es perfecto: sabiendo que “hay que irse” se busca el camino

⁵⁵ *Loc. cit.*; AP I, 51.

⁵⁶ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 35v; AP I, 31.

que pueda llevar a la vida, a *Ometéotl*. Y las posibilidades, desde el punto de vista humano, del que no podremos escapar, son éstas: 1) el camino que siguen “los descarnados” (quienes mueren) está sólo aquí en la tierra, o 2) está más allá del mundo. En ese caso lleva: a) al *Mictlan*, lugar donde padecen los muertos, o b) “al interior del cielo”, sitio de dicha y placer.

Reduciendo esto a forma esquemática, podrá verse mejor el planteo náhuatl del problema:

POSIBLES DESTINOS DEL HOMBRE DESPUÉS DE LA MUERTE

- 1) “Solamente aquí en la tierra
(donde son incinerados o
enterrados los muertos) es
el sitio de los descarnados”
- 2) O su sitio está fuera de la
superficie de la tierra

{	a) En un lugar de sufrimiento (<i>Ximoayan, Mictlan...</i>)
{	b) O en un lugar de felicidad: el interior del cielo (<i>Omeyocan...</i>)

Tan acertado planteo, que según parece presenta fundamentalmente y por vía de exclusión las posibilidades que se abren a quien medita seriamente en el tema de la muerte, dio origen a las que hoy llamaríamos varias “escuelas de pensamiento”. La doctrina de cada una de ellas tendrá precisamente como núcleo la aceptación de alguna de las tres posibilidades previstas.

Comenzando con la primera de las indicadas en el esquema: “Solamente aquí en la tierra (donde son incinerados o enterrados los hombres) es el sitio de los descarnados”, nos encontramos varios poemas en los que, aceptándose esto resueltamente, se saca en seguida la conclusión más lógica:

Por tanto, sólo acá en la tierra
es donde perduran las fragantes flores
y los cantos que son nuestra felicidad.
¡Gozad, pues, de ellos!⁵⁷

⁵⁷ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 61v; AP I, 52.

O aquellos otros poemas en los que más claramente aún se esboza la consecuencia de sesgo “epicúreo” sacada de la triste afirmación de que no hay más vida que ésta, ya que con la muerte todo termina:

Lloro, me siento desolado:
recuerdo que hemos de dejar las bellas flores y cantos.
¡Deleitémonos entonces, cantemos ahora!,
pues que totalmente nos vamos y nos perdemos.⁵⁸

No se aflijan vuestros corazones, amigos míos;
como yo lo sé, también ellos lo saben,
una sola vez se va nuestra vida.
Así en paz y en placer pasemos la vida,
¡venid y gocemos!
Que no lo hagan los que viven airados,
la tierra es muy ancha.
¡Ojalá siempre se viviera,
ojalá nunca tuviera uno que morir!⁵⁹

Al lado de esta primera “escuela”, coexistió entre los sabios nahuas el pensamiento de quienes con mayor apego a las ideas religiosas tradicionales aceptan la segunda posibilidad: nuestro destino está en el *Mictlan* o *Ximoayan* (lugar de los descarnados), donde tal vez sólo hay sufrimiento. Se trata, como lo muestran los textos, de una posición no exenta de dudas, que no logra librarse de las viejas creencias, pero que tampoco las acepta con firmeza.

Las dos líneas siguientes, que constituyen el pensamiento central de un poema, encierran el núcleo de esta segunda posición frente al problema de la muerte:

Tendré que dejar las bellas flores,
tendré que bajar al lugar donde están los que de algún modo viven.⁶⁰

La forma misma como se designa al sitio a donde van los muertos: *Quenamican*: “donde están los que de algún modo viven”, pone

⁵⁸ *Ibid.*, f. 35r; AP I, 53.

⁵⁹ *Ibid.*, f. 25v y 26r; AP I, 54.

⁶⁰ *Ibid.*, f. 5v; AP I, 55.

de manifiesto la profunda incertidumbre que tiñe su pensamiento. Y es que, desde el punto de vista de la *verdad* (lo bien fundado), cabe preguntarse si:

¿Acaso allá somos verdaderos?
¿Vivimos donde sólo hay tristeza?
¿Acaso es verdad, acaso no es verdad como dicen?
No se aflijan nuestros corazones.
¿Cuántos de cierto dicen
qué es verdad o qué no es verdad allí?
Tú sólo te muestras inexorable, Dador de la vida.
No se aflijan nuestros corazones.⁶¹

Resonando así, una vez más, la duda y la falta completa de certeza respecto de la llamada “región de misterio”, parece convertirse esta “segunda escuela” que mira con temor el destino humano después de la muerte en una particular especie de escepticismo que, sin abandonar la búsqueda, no logra tampoco superar la incertidumbre, como lo muestran las palabras que hemos citado: “¿cuántos de cierto dicen qué es verdad o qué no es verdad allí?”

Finalmente, hubo también entre los *tlamatinime* una tercera tendencia que, aceptando el carácter de experiencia única que implica esta vida, así como el misterio que rodea al más allá, se encaminó no obstante por la vía de la afirmación con el lenguaje de las *flores y los cantos*. No es que sus seguidores piensen haber llegado a una demostración de la necesidad de su doctrina: hay vida en un más allá donde existe la felicidad. En realidad se trata de lo que, tomando el concepto de Pascal, llamaremos “una verdad del corazón”. Veamos la forma como la expresan los *tlamatinime*:

De verdad no es el lugar del bien aquí en la tierra;
de verdad hay que ir a otra parte:
allá está la felicidad.
¿O es que sólo en vano venimos a la tierra?
Ciertamente otro sitio es el de la vida.⁶²

⁶¹ *Ibid.*, f. 62r; AP I, 56.

⁶² *Ibid.*, f. 1v; AP I, 57.

Partiendo del hecho innegable de que “no es el lugar del bien (*Qualcan*) aquí en la tierra”, se saca luego la conclusión de que para lograr la felicidad “hay que ir a otra parte”. A no ser que —como se insinúa en el poema— se aceptara “que sólo en vano venimos a la tierra”. Pero esta hipótesis, de una existencia absurda y sin meta, que habría que admitir si no se acepta un más allá donde reina la felicidad, es pronto desechada por el *tlamatini*. Su afirmación final es resuelta: “ciertamente otro es el sitio de la vida”.

Resumiendo este género de pensamiento que sostiene la existencia de la felicidad en el más allá, damos un último poema en el que se rechazan las posiciones contrarias y se formula una invocación a *Ometéotl*, que supera la exaltación mística de la que hemos llamado “visión *huitzilopóchtlica*” de la religión de los aztecas. Porque aquí encontramos vivientes y aunados el hondo pensar filosófico, la poesía y la inspiración mística:

Verdaderamente allá es el lugar donde se vive.

Me engaño si digo: tal vez todo
está terminado en esta tierra
y aquí acaban nuestras vidas.

No, antes bien, Dueño del universo,
que allá con los que habitan en tu casa
te entone yo cantos dentro del cielo.

¡Mi corazón se alza,
allá la vista fijo,
junto a ti y a tu lado, Dador de la vida!⁶³

Así, con un supremo acto de confianza en el Dador de la vida, de quien se espera que no envió a los hombres a la tierra para vivir en vano y sufrir, se sostiene que *rostro y corazón*: la persona humana, elevándose al fin, logrará escapar del mundo transitorio de *tlal-tícpac*, para encontrar la felicidad buscada allá “en el lugar donde de verdad se vive”.

⁶³ *Ibid.*, f. 2r; AP I, 58.



Tal es, presentado en sus tres variantes fundamentales, el pensamiento de los *tlamatinime* acerca del problema de la supervivencia humana. Con esto concluye nuestro análisis del primer aspecto de las ideas filosóficas nahuas acerca del hombre, considerado en sí mismo: su origen, personalidad, albedrío y destino final.

Nos toca ahora estudiar las normas nahuas de la acción humana. O sea, la presentación de sus ideales, considerando al hombre en cuanto sujeto creador de lo que hoy llamamos valores. Para esto, espigando tan sólo entre los muchos textos aducibles, trataremos de hacer ver cuál fue la meta buscada por ellos en su sistema educativo, el fundamento de su ética y derecho, su concepción de la historia, el meollo de la cosmovisión místico-guerrera de los aztecas y, por fin, el supremo ideal náhuatl del arte que tan hondamente tiñó toda su vida cultural.